



VIOLENCIA - 3

Manuel Caballero

Las posibilidades de un fascismo en Venezuela

En días pasados, una familia italiana decidió acabar de una vez con toda una vida teniendo que soportar bromas pesadas o, lo que es peor, palmaditas de felicitación por tan buen gusto: decidió cambiar su apellido, que era nada menos que **Fascista**. No, no que fuese un apellido mussoliniano, sino que era así, tal como suena y se escribe. La pobre gente debía cargar con un apellido que era también el de un movimiento político que no le simpaticizaba o que le era indiferente.

Este es un caso extremo y, unas con otras, cómico. Pero con el término **fascista** suele suceder lo que con muchas otras denominaciones políticas y también con algunos nombres propios: que no es una palabra sino una incitación al desencadenamiento de las pasiones. Se tiene el hábito de designar como fascista a cualquier régimen autoritario o bonapartista; a cualquier movimiento de tendencias xenófobas y anti-democráticas; e incluso a cualquier hombre político carismático, violento o simplemente conservador. En Venezuela han sido calificados de «fascistas» desde un hombre tan moderado como Rafael Caldera, y desde la revista SIC (mucho antes de que se la acusase de «comunista»), hasta el Comandante Hugo Chávez Frias (a raíz de cuya intentona el Presidente de la República habló de un movimiento «fascistoide»), pasando por los cabilleros sindicales de Acción Democrática, el propio Carlos Andrés Pérez en sus tiempos de Ministro del Interior, e, incluso, los líderes de un comunismo que, en sus momentos polémicos (que no eran pocos), Rómulo Betancourt llegó a llamar «fascismo rojo».

Salta a la vista que, al designar tantas cosas y tan disímiles, el calificativo **fascista** puede terminar no significando nada específico. De modo que, si se quiere hablar de las posibilidades de la aparición de un movimien-

to y de un régimen fascistas en Venezuela, conviene precisar qué quería decir eso originalmente, y qué significa hoy en el mundo y en Venezuela.

ALGUNAS DEFINICIONES

En primer lugar, el fascismo es un movimiento **totalitario**. Este es otro término usado a troche y moche para designar cualquier autoritarismo. Su inventor, y quien lo empleaba con mayor frecuencia y en tono más alto y teatral, fue Benito Mussolini; pero el régimen que llevó a extremos demenciales la aplicación de su propuesta ideológica fue el nacismo alemán. Después de la guerra, el término **totalitarismo** comenzó a usarse en forma polémica contra el comunismo, el cual,

en cierto modo, lo merecía enteramente. En una famosa entrevista al escritor alemán Emil Ludwig, Mussolini señalaba su diferencia con el totalitarismo comunista en que en éste el partido dominaba al Estado, mientras que en Italia el Estado dominaba al partido.

Lo que se quiere decir con el término **totalitarismo** es que no propone un nuevo gobierno, sino un nuevo tipo de sociedad. Por lo tanto, el fascismo no se queda acantonado en el terreno político, ni acepta la división entre vida privada y vida pública, sino que entiende reinar también en el más íntimo reducto de la conciencia. A veces, eso se hace en nombre del «apoliticismo». El fascismo no sólo quiere acabar con los políticos tradicionales, sino con la **política**.

Socialmente, el fascismo es un movimiento de «**desclasados de todas las clases**». La definición pertenece a Hanna Arendt y no se refiere solamente al fascismo, sino al totalitarismo, lo cual incluía también al estalinismo (pero no al leninismo). En todo caso, lo de movimiento de desclasados se refiere al hecho de que sus componentes se encuentran cortados de toda atadura no sólo estrictamente clasista, sino con cualquier comunidad regional, política, religiosa. Es por eso que florece con tanto empuje en las situaciones de crisis generalizada, sea económica,

El inventor del término fue Benito Mussolini, quien lo empleaba con mayor frecuencia y en tono más alto



sea política, sea moral.

En aquel caso, ese rompimiento fue producto de la guerra: la gente que regresaba del frente en 1918, en los países vencidos (Alemania), pero también vencedores (Italia), se encontraba cortado de todos sus vínculos, incluso familiares. Habían pasado cuatro años alejados de los suyos, enfrentados a la muerte. Y sobre todo, durante cuatro años de los más creativos del hombre, y de los más importantes para su formación (son los años que, quienes pueden, los pasan en las aulas universitarias) donde lo único que aprendieron fue a matar, saquear, incendiar, violar. El regreso a una vida normal les producía rechazo y nostalgia por aquella vida sin cortapisas. Es por esa razón que el fascismo es un movimiento militarista.

En este caso, un movimiento militarista no está formado por partidarios de una dictadura militar, sino por quienes proponen el ejército como modelo de sociedad. En primer lugar, no se escoge la pertenencia al partido fascista gobernante, sino que se «recluta» a sus adherentes, los cuales pasan a formar parte obligatoriamente de sus organizaciones, apenas hayan cumplido la edad reglamentaria.

En segundo lugar, hay el verticalismo que se traduce, más que en disciplina, en obediencia ciega al **Duce**, en cualquier caso, en cualquier momento, en cualquier terreno: **Il Duce à sempre raggione**. En tercer lugar, el fascismo es un movimiento **machista**. Puede que incluya mujeres en sus filas, pero difícilmente llegará una mujer a contarse entre sus dirigentes. Pero no es ése el problema, sino que los valores que el fascismo exalta están siempre ligados a las características del macho: fuerza bruta, audacia, por contraposición a la debilidad y los temores típicamente femeninos de «los políticos» y de la democracia.

El fascismo es un movimiento patriótico. El término patria es el más inclusivo posible, la abstracción soñada para un desclasado. En los regímenes fascistas originarios, la exaltación de la patria, la exaltación de la guerra y el odio al «extranjero» (al judío, en Alemania) iban de consuno. Hitler lo expresó de una manera muy gráfica, pretendiendo que su régimen se proponía hacer sentirse al alemán orgulloso de ser «barrendero de las calles y súbdito de este Reich». Sin embargo, el componente racial fue algo típicamente alemán, típicamente nazi.

Era muy difícil que Mussolini pudiese enarbolarlo como bandera, más

bien moreno como era él mismo y su pueblo. Apeló entonces a la historia, no como historiador, sino como organizador de espectáculos: una historia a lo Cecil B. de Mille, para buscarse precedentes en la grandeza de la Roma imperial.

El fascismo es un movimiento reaccionario. Este es otro de esos términos-comodín que necesita ser aclarado y situado en su contexto. El primero en emplearlo para caracterizar el fascismo fue el propio Mussolini, que al entrar al Parlamento, él antiguo socialista, como jefe de su nuevo partido, declaró provocadoramente: «Vengo a pronunciar un discurso reaccionario». En su momento, eso quería decir reacción contra la revolución, y la más cercana que tenía era la revolución rusa.

Pero esa reacción era más general: lo era contra el mundo que provenía del derrumbe del Ancien Régime, y era por lo tanto una reacción contra la Revolución Francesa. Contra la Europa liberal, sobre todo en los aspectos políticos de ese liberalismo: los derechos civiles y los derechos humanos. Contra la elección de los dirigentes del Estado por sus ciudadanos, y contra la pretensión de éstos últimos de considerarse entidades individuales, cuando sólo eran miembros de una comunidad, más que de suelo, de sangre: *Ein Volk*.

Por sobre todo, el fascismo es un movimiento antidemocrático. En esto, nada lo diferenciaría de otras ideologías conservadoras o reaccionarias. La diferencia reside en el hecho de que el fascismo hizo de ese sentimiento un movimiento de masas. Se podría decir que con eso se da la paradoja de un partido que apela a la democracia en estado puro, es decir, a la intervención permanente de la masa para aniquilar la política, para aniquilar la democracia, o sea, para aniquilarse a sí misma.

No hay que olvidar, finalmente, de dónde viene la palabra fascismo: de *Fascio*, haz. Inicialmente eran grupos («haces») de soldados desmovilizados que trataban de conservar su organización militar, sus uniformes y sus

armas, para atacar, no siempre sin interés mercenario, a sus adversarios políticos o, más generalmente, a la política, y aplicar una justicia brutal y sumaria. En pocas palabras, eran verdaderos escuadrones de la muerte que para acentuar ese carácter, usaban camisas negras y no desdeñaban, en un arranque de nihilismo infantil, hacer preceder sus desfiles de banderas negras con la calavera y las tibias cruzadas de los antiguos piratas.

Finalmente, la aparición del fascismo está ligada a una profunda crisis del Estado, el cual, por debilidad o por complicidad, llega a abdicar de sus atribuciones. No hay que olvidar que el fascismo no llega al poder por medio de un movimiento armado —en este sentido, el levantamiento fran-

La mitología heroica de la Guerra de Independencia y el culto al Libertador nacen en Venezuela para la eclosión de toda clase de movimientos patrióticos, en el mejor, pero también y sobre todo, en el peor sentido de la palabra



quista es más un pronunciamiento militar clásico que propiamente fascista—, sino por medios legales. Después del fracaso de su intentona de 1923 en Munich (el putsch de la Cervecería), Hitler aprendió la lección: llegaría al poder, como Mussolini, utilizando la legalidad democrática, en hombres de lo que llamaba «la coalición fascista»: la alianza en lugar del enfrentamiento con los grandes factores de poder: el Ejército, la gran industria y, en el caso italiano, también los dos tradicionales aliados, la Monarquía y la Iglesia. Sin embargo, no quiere decir eso que el fascismo empleaba métodos pacíficos en su ruta hacia el poder. De hecho, si no tan abierta como la de España, entre 1918 y 1933 Alemania vivió una situación de guerra civil no declarada, con sus ejércitos particulares enfrentándose en las calles: los S.A. nazis contra el «Frente Rojo» comunista, etc. Y en Italia, los años que van de 1918 a 1922 fueron resumidos por Pietro Nenni en el título de un libro suyo: Cuatro Años de Guerra Civil.

¿UN FASCISMO VENEZOLANO?

Aclaradas esas cosas, la pregunta sobre las posibilidades de aparición de un movimiento —y un régimen— fascista en Venezuela, pueden responderse más fácilmente. Lo haremos siguiendo el camino inverso a la primera parte, comenzando por la situación del Estado. Es indudable que el venezolano enfrenta una severa crisis, que por un lado lo mantiene paralizado y por el otro, acaso el más peligroso, enfrentado a la falta de credibilidad de sus instituciones. Es un error creer que esto golpee solamente al Presidente y más generalmente al Ejecutivo. De eso no se salva prácticamente ninguna institución en Venezuela, si bien los medios de comunicación (prensa, TV) se hacen la ilusión de estar al margen de parejo descrédito. Eso ha llevado hacia un aborrecimiento de todo cuanto huele a política, siguiendo esta gradación: desprecio de algunos hombres políticos, desprecio de los partidos políticos, desprecio de «la política», lo cual no es sino una forma de decir desprecio de la democracia.

Esa actitud frente a las instituciones, junto con la inseguridad personal y la corrupción, han llevado a extremos nunca antes alcanzados de desconfianza frente a un Poder Judicial que nunca ha tenido buena prensa en este país. De allí una tendencia, toda-

vía embrionaria pero estimulada irresponsablemente por algunos medios de comunicación impresa o audiovisual (y nada hay más contagioso que una actitud que «vende»), a hacerse justicia por propia mano, a la formación de «escuadrones de la muerte». Los atentados a Antonio Ríos y a Pedro César Izquier por unos supuestos «comandos bolivarianos» han sido los más espectaculares y los más teñidos de intencionalidad política; pero el saldo rojo de un fin de semana en los barrios caraqueños hace reflexionar sobre si se trata del simple enfrentamiento entre bandas que se disputan un territorio para sus fechorías o el estallido, ya, de una guerra civil de hecho y sin consignas políticas, a la manera de Italia y Alemania en los años veinte de este siglo.

En general, en Venezuela asistimos hoy al desborde de un sentimiento antidemocrático. Si se plantea el asunto en estos términos, el resultado sería el de un asombro generalizado, porque las encuestas señalan la mayoritaria preferencia de los venezolanos por la democracia. Pero en verdad, desde el final de la segunda guerra, hasta los movimientos más abiertamente nostálgicos del fascismo se declaran democráticos. En Venezuela, ese sentimiento antidemocrático está hecho por partes iguales de desilusión (una especie de decepción amorosa), de impotencia ante los escasos niveles de participación, el despliegue de la corrupción y el sentimiento de que eso sea imposible enmendarlo. Más que en una actitud confesamente antidemocrática, se manifiesta en el rechazo de la política (de «los políticos» en el lenguaje corriente).

Como toda desilusión, como toda decepción, ésta es una actitud reaccionaria. En principio, se está reaccionando frente a las lacras de una democracia que tantas ilusiones despertó en 1958. Pero es también ilusorio pensar que en la mentalidad popular, puedan tener cabida semejantes matices. No es que se pase con facilidad de una cosa a otra: es que cabría preguntarse si alguna vez se hace semejante diferenciación. La reacción entonces no es contra las imperfecciones de un sistema, sino contra el sistema mismo. Es una reacción antidemocrática hecha, actuada, por la democracia misma, en estado puro: es la paradoja básica del fascismo, tal como la veíamos más arriba.

La mitología heroica de la Guerra de Independencia y el culto al Libertador nacen en Venezuela para la

eclosión de toda clase de movimientos patrióticos, en el mejor, pero también y sobre todo, en el peor sentido de la palabra. Cuando, el 4 de febrero de 1992, los militares insurrectos se cobijaron con la bandera de Simón Bolívar, estaban introduciendo en la política un elemento irracional; la apelación a una religión que, como todas ellas, es excluyente, ciega y fanática: estaban proclamando la fundación de una especie de Hezbolá, de ese «Partido de Dios» que tiene atadas las manos de todos los políticos en país de Islam: ¿Quién osará enfrentarse al Dios? ¿Quién como El? ¿Quién se atreverá a proclamarse en guerra contra El, arriesgándose al destino de Luzbel? Eleazar López Contreras lo planteó con claridad en su momento: el culto venezolanísimo del Libertador debía servir para oponerlo a los totalitarismos extranjeros, fuesen nazistas o comunistas. El bolivarianismo no es así solamente una actitud patriótica ni una religión laica y externa: concebida en esos términos, es un totalitarismo. Aquí se unen entonces dos características del fascismo: la que lo hace apelar al irracionalismo patriótico y la que convierte la ideología patriótica en un totalitarismo.

Falta un elemento: el militarismo, con sus connotaciones de disciplina vertical y obediencia ciega al Jefe. No hay que olvidar, sin embargo, que el del 4 de febrero y el del 27 de noviembre de 1992 fueron movimientos militares. Sus autores querían instalar simplemente un gobierno militar. Pero el sentimiento que se generó a su alrededor, en particular en torno a la figura de Chávez, iba mucho más allá de eso. La exaltación de las «virtudes militares», y de los militares como «ciudadanos de primera», forman el primer escalón de una peligrosa tendencia.

La pregunta vuelve, al final de estas notas: ¿es posible un fascismo en Venezuela? El fascismo no se instauró sólo por, digámoslo así, «la fuerza de su fuerza»: también por la debilidad de sus adversarios. Es lo que decía André Malraux en *L'Espoir*: cuando un comunista habla, da un puñetazo en la mesa; cuando un fascista habla, le da una patada a la mesa; cuando un demócrata habla, se rasca la cabeza. La debilidad de los adversarios del fascismo residía primeramente en la falta de claridad frente a los propósitos del enemigo. Tener claro qué es el fascismo, y qué posibilidades tiene de ser exitoso, es entonces el primer paso para combatirlo y, dado el caso, aniquilarlo.